

AMPARO Y DESAMPARO, ESPERANZA Y DESESPERANZA, CRÉDITO Y DESCRÉDITO EN LAS INSTITUCIONES EDUCATIVAS¹

Virginia Schejter

Lo que me interesa desarrollar es el interjuego entre amparo y desamparo, entre esperanza y desesperanza, entre creer en lo que se hace y la rutinización o la desconfianza en las instituciones educativas.

Enfocaré esta problemática desde la perspectiva de la Psicología Institucional, basando la reflexión en la relación indisoluble entre las instituciones y la subjetividad. Los individuos juegan sus intereses en las instituciones y por lo tanto invierten energía en sostenerlas y conservarlas. Simultáneamente las instituciones ofrecen matrices de identificación que estructuran y sostienen la identidad de los sujetos.

Las instituciones ofrecen amparo psicológico a los individuos, porque:

- les dan pertenencia a una institución, con valores y creencias estables. Pertenecer, permite a los miembros reconocerse a sí mismos en ellas y recibir reconocimiento de terceros, legitima su accionar y les da seguridad.
- organiza el pensamiento y la acción, ya que da modelos para ordenar los elementos, darles forma, hacerlos figurables y poder entender la realidad. Da códigos y reglas para conceptualizar. Recorta la realidad poniéndole nombre a las cosas para conocerlas.
- da permanencia a un modo de entender las cosas y la vida, ya que sus axiomas son incuestionables, tiende a mantener los consensos implícitos o inconscientes.
- posibilitan la sublimación al permitir obtener placer de acciones valoradas socialmente.

En el presente, estamos ante una crisis de las instituciones educativas. Éste no es un problema exclusivo de nuestro país, ni de un partido político, ni de un gobierno, ya que lo que está interpelado es el modo occidental de concebir la educación.

Se interroga sobre qué tipo de hombre y para qué clase de vida formar, cuál es el saber de cada uno de los actores y qué contenidos vale la pena incorporar. Están en cuestión los objetivos, la relación educativa y los programas. La valoración de los distintos saberes sociales se modifica permanentemente y a gran velocidad y el poder del saber docente tradicionalmente naturalizado está cuestionado.

La Educación, en otras épocas cargada de alto valor social, pasó a ser una carga, tanto para los alumnos como para los docentes.

Las instituciones educativas están vaciadas de interés. No se cree que los saberes que proporcionan aporten a la vida. Desinvertidas de afecto, se invierte sólo un mínimo de esfuerzo y energía en sostenerlas. Los alumnos piensan que “hay que zafar”. Los docentes pierden la motivación por aprender y descubrir al intentar explicar a otros lo que creen saber.

¹ Artículo presentado en las Jornadas “Violencia y Desamparo. Fronteras de la Subjetividad”, organizado por la Biblioteca del Congreso de la Nación, 1998.

La educación formal ofrece sólo, como dice Bourdieu, un “título de nobleza cultural”, pero no asegura un saber, ni necesariamente trabajo. Ya no es el camino del ascenso social de décadas atrás.

Los valores tradicionales son cuestionados y no hay otros consensuados que marquen el rumbo.

Conviven en la escuela paradigmas contradictorios como el de la “formación de individuos autónomos” y la “obligación de respetar la palabra de los mayores”, en un contexto en que también se modificaron las jerarquías en las relaciones intergeneracionales.

Comienza a tener lugar un nuevo discurso sobre los derechos de los niños, que se sustenta en un mayor crédito a sus palabras y en el derecho a dudar sobre el decir de los adultos.

En lo que respecta a la relación de los adultos con los adolescentes se ponen en escena relaciones de fuerza en las que se pugna por la imposición de códigos y por la definición de modos de vida, incluido el sentido de la vida misma.

Ante la ausencia de normas que tengan consenso surgen decisiones arbitrarias o contradictorias producto de la anomia.

La falta de referencias claras en las que respaldarse hace que supervisores y directores encuentren serias dificultades para instalarse como referentes y organizadores de la práctica.

Como cobertura ante el desamparo, los docentes forman cuerpo. Tienen a silenciar lo que resulta disonante con la conservación de sus miembros en la institución, o que altere “lo que vienen haciendo”, esa rutina que se sostiene en la actividad cotidiana y que tampoco refleja los valores tradicionales de la institución escolar. La fantasía de no ser reconocido como perteneciente al “cuerpo docente” o el riesgo de ser expulsado del sistema hace que pensar distinto sea entendido como traición.

Así mismo, el contexto de incertidumbre y de poca claridad en los objetivos institucionales, genera en los docentes un desconcierto ante la tarea que muchas veces es interpretado por éstos como fracaso personal. Sin un marco de pensamiento consensuado y valorado socialmente en el que apoyarse, se sienten sobrepasados por las circunstancias. Al ser escaso el placer que obtienen de su trabajo y a la vez escaso el valor otorgado por los demás a esa tarea, se apaga el fuego, el entusiasmo, que motoriza el esfuerzo y las ganas de hacer y surge el riesgo de *burn out*.

La búsqueda de un rumbo institucional

La crisis de confianza en el poder institucional deja a sus miembros al desamparo, es necesario creer en las propias instituciones para entusiasmarse y hacer.

Esta creencia tiene algo de lúdico, de probar, de explorar qué se encuentra. Buscando junto con otros, recovecos para jugar, para jugarse. Sin definir en exceso las reglas del juego, puede surgir algo inesperado que resulta interesante.

En el compartir, en el afecto que surge al hacer con otros, algo nuevo puede sorprender, porque lo que surge nunca es tal como se lo imaginaba, es creación. Original para nuestro quehacer, aunque lo hayan pensado ya en otra parte o incluso

hayamos leído sobre el tema, pero lo redescubrimos y lo entendemos realmente al verlo en relación a nuestra experiencia institucional.

La propuesta es pensar juntos. Trabajar en equipo no es otra cosa que plantearse y definir los problemas con otros y en función de eso apuntar desde el saber específico de cada uno a un mismo objetivo.

Realizar pequeños proyectos, ayuda a intentar otros nuevos. Ya que un proyecto que se concreta agrega valor a lo que se está haciendo, lo valoriza. Da ganas de hacer y de seguir haciendo juntos, porque se desarrollan lazos de afecto en el quehacer que produce frutos. La gente ama lo que produce y espera poder seguir haciendo. Tiene esperanza.

Estos proyectos tienen que reflejar los intereses verdaderos de todos los actores. Si no puede ocurrir como pasa con la idea, especialmente interesante, de adecuar el proyecto educativo de cada institución a las características de esa comunidad, a través de un Proyecto Educativo Institucional (PEI), pero que en los hechos suele ser elaborado sin participación de los miembros de la institución y por lo tanto, no reflejan sus intereses. Por el contrario, tienden a repetir proyectos tradicionales, en función del “deber ser” y no resultan buenos organizadores de una práctica situada.

En el entrecruzamiento de saberes de distintas disciplinas, en el encuentro de miembros de distintas instituciones y personas de diferentes edades hay algo para aprender. La creación surge en la intersección de distintos campos de conocimiento, de disciplinas con modelos de pensamiento diversos. Hacerlo requiere “romper los muros” de la escuela, salir del encierro.

Todas las disciplinas, inclusive las matemáticas, la física, la química, la economía,) arman su racionalidad sobre *a priori*s imaginarios. El fundamento de lo que hacemos es imaginario, es decir se basa en creencias, por lo tanto el destino de un proyecto colectivo depende de lograr hacer creíbles los ideales que lo fundan. En tanto convencer es generar un imaginario compartido. Se trata de ser convincentes al exponer la coherencia operacional de las argumentaciones.

El rumbo institucional lo marca la definición de curiosidades compartidas es decir, el esclarecimiento de qué vale la pena aprender. Esto es un trabajo de investigación colectivo.